

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Eduardo Mendoza Varela

De las cosas del campo.—Bogotá. Colombia.

Maneja Eduardo Mendoza Varela una prosa que se va alquitarando con el transcurso de los tiempos. Su madurez intelectual es un hecho incontrovertible. Pero no ha demorado sus pupilas y su sensibilidad en el jugueteo de los vocablos, rizados, opulentos o barrocos. Tiene el sentido de la medida y conoce la densidad espiritual que requiere, como un agua subterránea, toda obra de arte. Alejado de toda clase de "itsmos", sus raíces de escritor son colombianas. No obstante el acervo de su cultura universal, su reencuentro con el paisaje nativo es motivo de resonancia y clamor de campana. Lejos de su estilo las perniciosas influencias, el remedo de otras literaturas, la moda literaria como una forma de empatar a la burguesía. Mendoza Varela busca el hueso mondo y lirondo de las cosas. Su adjetivación exacta, no ahoga la luz del pensamiento y la densidad de la tesis. Nacionalista altanero, cree, sin fraude moral, en las esencias animadoras de Colombia. No podemos ser Grecia, ni Roma, ni los países nórdicos, ni la caliente plasticidad de cierta literatura norteamericana que arriba al cementerio de toda cultura, sin haber pasado por el siglo de oro de toda gran obra de arte.

Mendoza Varela se hunde en el paisaje con caliente adivinación. Sus viñetas y hontanares; los viejos ríos que lloran su pena; los sauces lacrimosos, las iglesitas que fundaron los españoles con una tenacidad y un misticismo desértico; las plazas de los pueblos, donde se reúnen campesinos de pocas palabras para hablar de sus siembras; las flores que nadie cultiva; la erosión que llaga el costado del paisaje maternal, todo ello encuentra en este fragante creador de ontologías un sacerdote. Porque estas prosas, bellas, transparentes, sin concesiones a la beocia, son terrón ocre de la patria, constituyen su tradición; viene de atrás, de otras generaciones que hoy son un montículo de ceniza; caminos que se refugian cansados a la sombra de los huertos; feligresías donde un ciego salmodia letanías de penas; amor, desesperado amor, por lo nuestro, lo que es intransferible y no podemos cambiar por un plato de lentejas. Con su bordón lírico de peregrino, Mendoza Varela ha viajado por todas las comarcas de

Boyacá, anotando las transmutaciones realizadas y cierto cambio en la sicología de las gentes por un voraz industrialismo que borra los puros perfiles de las montañas y borra también la niebla confidente para la ruana amiga y compañera.

Es una alabanza del campo escrita en una prosa fluyente y elegíaca. Despojada de todo inútil oropel, directa y sin embargo poética. Porque el autor es un poeta que capta el paisaje y nos lo devuelve depurado, límpido, juguetón en una prosa que, en veces, tiene algo del ácido humor de quien ve derrumbarse un mundo auténtico, para ser sustituido por una civilización importada que nos queda demasiado holgada. Breviario de emociones este libro maravilloso debería ser manual de todos los colegios y escuelas de Colombia para que, por fin...! amemos lo nuestro, lo que tiene signo y cifra colombiana. El orgullo altanero de ser nosotros mismos, no títeres de culturas que nada tienen en común con lo hispano, mestizo e indio de esta Colombia.

Jorge Sánchez Camacho

Cristo.—Bogotá. Colombia.

El tema de Cristo es inagotable. Los estudios, poemas, exégesis, himnos han abarcado gran parte de la actividad literaria y artística de muchas generaciones de escritores. Entre nosotros, don Marco Fidel Suárez, con su oración a Jesucristo dejó un monumento imperecedero al Dios-Hombre. Ahora, el poeta santandereano Jorge Sánchez Camacho, que ha espigado en muchos trojes de la cultura, ha publicado esta nueva versión de Cristo, escrita en noble lenguaje. Es cierto que no aporta conceptos originales, lo cual resulta imposible en estos tiempos, pero es el testimonio de un escritor que, apartándose de lo material y grosero del mundo, testifica, con noble emoción, su amor hacia Cristo, su plegaria por la cruz, la meditación frente al deslumbramiento del cáliz, de la tumba y de la resurrección. Poema de noble factura que registramos con verdadera complacencia.

Angel Valtierra S. J.

Las Fuerzas que Forjan la Opinión Pública.—Bogotá. Colombia.

Libro idealista y que abarca numerosas materias. Su autor es un padre jesuita que analiza con criterio objetivo las fuerzas que plasman la opinión pública. Mejor aún: ese término vago, difuso, inaprensible y sensiblero que las gentes acostumbran a llamar opinión pública. La cual, es preciso convenirlo, muchas veces ni es opinión, ni presenta los contornos de lo público cuando este concepto hace relación a los problemas que se debaten en la sociedad contemporánea. En verdad, como lo han analizado sagaces sociólogos europeos y americanos, existen unas fuerzas, de orden generalmente industrial, con raíces que no tienen nada de vegetales, que

cumplen una misión adoctrinadora, muchas veces manchada por el peculado moral. Porque es muy difícil en estos duros tiempos del becerro de oro, lograr que el cristianismo opere sobre la conciencia de los comerciantes. El sentido de la caridad, del amor al prójimo, del servicio misionero a la pobrería está desterrado de una sociedad envilecida en gran parte por el mal uso del dinero.

La educación pública se ha convertido en un pingüe negocio; la defensa de la salud corporal del hombre, si no se encuentra arrebañado o mejor dicho sindicalizado, no interesa a quienes debieran ejercer un sacerdocio en estas materias. Un filisteísmo grosero predice todos los actos humanos. Y ni siquiera quienes están llamados a predicar la pobreza y vestir el sayal penitente, cumplen con ese desposorio con Cristo.

Por tanto, las llamadas fuerzas de opinión están orientadas por quienes buscan realizar negocio, despertando en el común de las gentes los peores instintos y las malas pasiones. Tremenda y trágica realidad que no podemos desconocer, ocultando, como el avestruz la cabeza bajo el ala. Todo se nos entrega prefabricado. La parte noble del ser, cierto individualismo fecundo en obras de arte y altas y solitarias creaciones, está desterrado de un mundo que nos hace caminar uniformados, parejos en gustos, vestidos, esperanzas, sumisiones.

Para lograr la verdad predicada por Cristo se necesitaría una gran cruzada y despojarnos del feroz egoísmo que nos está consumiendo. El cine, ha perdido mucho de su sentido pedagógico, para entregarnos hongos venenosos, monstruosas floraciones en las cuales lo puramente sensual, resta esa noble dosis intemporal que dignifica la vida humana. Lo mismo podemos decir de la radio, convertida en Colombia, salvo honrosas excepciones, en vomitorio de chistes de goma, suciedades escatológicas, ausencia de la dignidad en el idioma, sin la cual todo lo demás será plebeyo y de una grosera ordinariez.

Por todo esto, el libro del Padre Valtierra, aunque disímil en muchos aspectos, es una campanada para llamarnos a una vocación heroica y noble, una cita a la conciencia de los católicos para que prevalezca lo ecuménico y militante, sobre el materialismo, que gobierna una opinión pública, perezosa, sin verdadera proyección histórica en el mundo contemporáneo, de estos países sub-desarrollados espiritual y económicamente.

Arturo Camacho Ramírez

Límites del hombre.

La poesía de Camacho Ramírez, como la del grupo de Piedra y Cielo, se nutre de formas diversas. En este poeta, la sensibilidad recoge mucha fosforescencia, la voz de la palabra como arquitectura que prolonga el grito angustiado del poeta. No podríamos hallar en ella una completa originalidad. Pero tampoco se pueden deshechar muchas de sus voces líricas, nutridas con sangre. Aunque el poema se torne un poco altisonante,

recargado de conceptos y recubierto de palabrería mágica. Que por lo mismo es pura superficie, liso muro. Camacho Ramírez es vital en su poesía, pero también se excede en cierto conceptualismo que le resta simpleza, luz elemental a los poemas. En verdad, nuestros liridos no economizan el lenguaje. Están pletóricos de imágenes, giros, hallazgos. Y una ascética disciplina de mutilación, el duro ejercicio del cilicio no parece convencernos, ni conmovernos.

El poeta quiere arrancarse del corazón, de las manos, de la sensibilidad artística la memoria de una mujer que azotó los vientos con su cabellera desflecada, su sexo en flor, su miseria de estar destinada al ara impura del sacrificio. Y la canta, recreándose en lo amargo del motivo, el cual tiene mucho de esa estéril llama que consume los cuerpos que todo lo dieron y todo lo perdieron en la feria del amor, mujeres que, "sintieron muy hondo su pobre corazón de carne".

Decíamos que Camacho Ramírez se afana por buscar el contorno de la muerte, la tristeza, la lujuria, la saeta de los siete pecados capitales. Por eso mismo su poesía está cruzada de muchos significados y envuelta en los siete velos de Salomé, la bíblica. Pero lo quisiéramos más transparente en el vocablo y en el concepto, sin tantos vientos giratorios, rosas que crucifican el paisaje, vocablos tornasolados, de profunda carga energética. La poesía tiende a la simplicidad. Vestirnos simplemente de lino en lo alto de la colina inspirada. No dejarnos tentar por el demonio lírico que hace del poema un huracán crinado, una piafante marcha de caballos que bajan en la noche a beber, con belfo alargado, la pena de amor de la luna. En uno de los poemas, Camacho Ramírez, nos describe la muerte con sentido metafísico y esotérico. Cuando lo cierto es que viene tan callando, sin apagar siquiera la luz amarillenta de un velón.

Poesía trepidante, llena de aletazos y garras, que recuerda a Neruda en muchos de sus cantos generales, embriaguez de la uva delirante, memorias evocadas al conjuro de músicas que giran sobre su eje de diamante, pero poesía de calidad que no se la restamos, aunque nuestra sensibilidad no alcance a sumergirse en tanta fuerza vitalista, con mucho de agonía unamunesca.

Leamos un poema que confirma nuestras apreciaciones:

COMIENZO DE LA SANGRE

*¿Qué diré de mi cuerpo,
de sus ocultas venas, de sus esbeltos nervios,
de su cálido acento de forma, de substancia,
de ambulante materia con lenguas de alegría?*

*Empiezo por la sangre, por ella me dirijo,
Unido a su trayecto, tan invariablemente
como el fruto al sabor o la flor a su aroma.*

*Porque la sangre sabe secretos recorridos
desde un hueso a otro hueso,
del corazón al sexo,
del cerebro a las piernas, los dedos,
la garganta y los besos,
del parto hasta la muerte;
porque los cuerpos brotan rodeados de sangre,
en pañales de sangre,
y solo fallecemos cuando la sangre se hunde
detenida en el cuerpo.*

*Yo tuve bien, sabedlo,
el ejercicio libre de mis miembros,
y la flor de mis órganos, marchando entre las células
como las amapolas al compás de los trigos.*

*Mi voz se conocía en las respuestas de los otros,
mi piel obedecía suavemente,
la insinuación del músculo.*

*A los ritmos biológicos, mis glándulas vertían,
de sus cálices lentos, los aceites más puros,
como un vital poema*

derramando en los éxtasis de la fisiología.

*Alto, en la soledad, mi nombre coronaba
la errabunda presencia de mi cuerpo.*

*Su sonido insistente de campana,
en la niebla,
su sobresalto de follaje en el viento.*

Ahora bien, oídme:

*No os hablo de mi rostro inusitado,
de mi voluntad diaria, de convivir con todos,
ni del común espacio que comparto.*

*No cuento el episodio de amor que me conduce,
de una mano impalpable, al final de la angustia,
no os relato mi vida, ni mi muerte;
ni las miradas en que me debato.*

Os pinto solamente, un fantasma concreto:

La situación del hombre que ha nacido.

Os cuento simplemente

cómo transcurre un hombre, cualquiera por la tierra.